

UNA INTERPRETACIÓN DE LA HOGUERA BÁRBARA: QUITO, 28 DE ENERO DE 1912

Ángel Emilio Hidalgo

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

Acabamos de recordar el centenario de la “hoguera bárbara”, ese cruento acontecimiento que pervive en la memoria social de los ecuatorianos y, particularmente, de los quiteños como una sombra que aparece, de vez en cuando, en el escenario de la accidentada vida democrática del Ecuador contemporáneo.

Abonando las explicaciones e interpretaciones de la “hoguera bárbara”, particularmente a lo que pudo desencadenar la caída de Alfaro y el fin de su proyecto político, propongo indagar en las tres dimensiones del tiempo histórico: tiempo corto, coyuntura o tiempo medio y larga duración, para desentrañar algunas claves del proceso.

En el tiempo corto habría que identificar una primera aceleración del tiempo histórico, a partir de agosto de 1911, cuando Alfaro deja el poder y se compromete a no intervenir en la política ecuatoriana por al menos un año, promesa que no cumplió cuando decidió regresar al Ecuador como supuesto “mediador” de la nueva guerra civil que se avecinaba, a raíz de que Pedro J. Montero, su lugarteniente, se proclamara Jefe Supremo en Guayaquil, a fines de diciembre de 1911, desconociendo al gobierno transitorio de Carlos Freile Zaldumbide. Este evento le granjeó una gran impopularidad a Alfaro, lo volvió un sujeto indeseable frente a muchos actores y lo presentó como un hombre que anhelaba perpetuarse en el poder.

A la hora de determinar por qué se mató a los Alfaros habría que sopesar los efectos de la virulenta campaña en su contra desatada por la prensa opositora, especialmente en Quito, hecho que le generó una ola de reprobación pública por su virtual ansiedad de poder, percepción que caló en la subjetividad de las masas. Podemos decir que fueron varios los factores del asesinato de Alfaro y sus compañeros, entre ellos, una agitación popular generalizada,

exacerbada por los odios de los conservadores, placistas y clérigos, que finalmente incidieron en el destino final de esos hombres.

En este punto, habría que medir el impacto real que tuvo la prensa en una sociedad mayoritariamente analfabeta, donde dominaba el rumor como principal medio de propagación de ideas. Solo así podrá entenderse el descenso de la popularidad de Alfaro entre las clases populares en las postrimerías de su segundo mandato: el chisme y el rumor, creaciones lingüísticas y socioculturales propias de formaciones de “antiguo régimen”, prevalecieron por encima del poder letrado de la prensa de los enemigos de los alfaristas.

Por otra parte, habría que vislumbrar el balance del proceso de implantación del proyecto político transformador que lideró Alfaro desde el poder, en un horizonte temporal que se abrió el 5 de junio de 1895 y se cerró el 28 de enero de 1912, extendiéndose por un lapso de 17 años. Si entendemos, siguiendo a Pierre Vilar, que la “coyuntura” es una categoría histórica que refiere al “conjunto de condiciones articuladas entre sí que caracteriza un momento en el movimiento global de la materia histórica”,¹ podemos introducir el segundo nivel de análisis en un proceso más amplio de paulatina transición de las estructuras y anclajes del Estado oligárquico terrateniente al Estado burgués.

El 5 de junio de 1895, el pueblo guayaquileño exteriorizó masivamente su simpatía por el “Viejo Luchador”, cuando casi toda la Costa permanecía ocupada por los montoneros radicales. El ascendente popular de Alfaro se hizo visible desde el primer momento, razón por la cual pudo sostener –no sin escollos– un programa ideológico de avanzada que había sido esbozado en el “Decálogo Liberal”, publicado en el periódico *El Pichincha*, de 1895.²

Como vemos, era un programa social de gobierno que se centraba en la separación del Estado y la Iglesia (siete de los diez puntos del “Decálogo”) y la problemática del clericalismo, cuya enorme influencia en la sociedad ecuatoriana quería reducirse. El programa liberal alfarista se estructuró por la necesidad de disminuir el poder de la Iglesia, especialmente en el control de la moralidad y la educación, aspectos que tenían que ver con el orden de la cultura, la vida cotidiana y las mentalidades, pero que incidían, directamente, en la política.

1. Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 81.

2. Los puntos programáticos del “Decálogo Liberal” eran: 1. Decreto de manos muertas, 2. Supresión de conventos, 3. Supresión de monasterios, 4. Enseñanza laica y obligatoria, 5. Libertad de los indios, 6. Abolición del Concordato, 7. Secularización eclesiástica, 8. Expulsión del clero extranjero, 9. Ejército fuerte y bien remunerado, 10. Ferrocarriles al Pacífico. A través del decreto de “manos muertas”, el Estado ecuatoriano expropió las propiedades agrícolas de la Iglesia que estaban abandonadas o no habían sido suficientemente trabajadas.

No obstante, Alfaro debió superar muchos obstáculos, por lo compleja que resultó su alianza inicial para mantenerse en el poder. Como dice Jorge Núñez, el “general de las derrotas [juntó] el empuje y la sangre del pueblo, la influencia y poder económico de la burguesía costeña, y la inteligencia, cultura y sagacidad política de la pequeña burguesía radical”.³ Sin embargo, en su segunda administración, Alfaro ya no contaba con el apoyo de la burguesía comercial guayaquileña, por su tentativa proteccionista a favor de la industria nacional, lo que llevó a los agroexportadores a apoyar frontalmente al placismo.

La pequeña burguesía intelectual fue otro sector que se fracturó con los años. A raíz de la protesta de los universitarios de Quito encabezados por Belisario Quevedo, en abril de 1907, algunos se hicieron simpatizantes de Plaza, otros se radicalizaron. El pronunciamiento fue duramente reprimido pero era un signo evidente de que una joven intelectualidad liberal se distanciaba del alfarismo. Y lo hacía porque sentía que la Revolución se había empantanado en la lógica caudillista-militarista que había propiciado que Alfaro llegara al poder por las armas en su segunda administración: el predominio de una “vieja” cultura política que aún no era capaz de asimilar los cambios institucionales que el propio Alfaro había introducido, tenazmente resistida por una nueva generación de radicales que exigían, a toda costa, la vigencia de las formas democráticas del Estado republicano.

A esto se sumó la intervención de un actor político decisivo: el ejército, en cuyas filas germinó el descontento, por la convulsión vivida en esos días como resultado de la ola de rumores que se levantó contra el gobierno. La acechanza de algunos caudillos de vieja laya y no pocos oportunistas que comprometieron a las bases para intervenir en revueltas también incidió en la pérdida de apoyo que sufrió Alfaro, sobre todo a partir de 1911, cuando su adorado ejército –que estuvo junto a él “como un solo hombre” en la frontera sur, un año atrás, exclamando “¡Túmbez-Marañón o la guerra!”– no pudo sostenerlo y enfrentar las nuevas componendas que las oligarquías serranas y costeñas planificaban en su contra.

También hay que identificar la presencia de un grupo de aventureros y mercenarios placistas dirigidos por Enrique Baquerizo Moreno, que, en junio de 1907 intentó asesinar al “Viejo Luchador” en Guayaquil, cuando este dormía en una de las recámaras del edificio de la Gobernación del Guayas. Alfaro se salvó de milagro, por la oportuna intervención de su guardia personal, pero el hecho violento fue el aviso del nivel de odio y agresividad que campeaba entre sus numerosos enemigos políticos. No es raro pensar que la agencia de

3. Jorge Núñez, “Eloy Alfaro: pensamiento y acción de un revolucionario”, en *Eloy Alfaro, Escritos políticos*, Quito, Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2011, p. 13.

esos enemigos “ocultos” también fuera pieza clave en los días anteriores a la masacre de enero de 1912, ya sea amotinando a la gente en las calles, azuzando los cuarteles o infiltrándose en determinados círculos.

Pero quizá lo más importante son las motivaciones profundas de la “plebe” que asesinó a los Alfaros, en la arena de la historia de las mentalidades. La sociedad ecuatoriana del siglo XIX continuaba siendo jerárquica, estamental y vertical en su estructura, y el poder simbólico de la Iglesia permanecía intocable, a pesar del énfasis anticlerical de los gobiernos liberales, tanto el de Eloy Alfaro como el de Leonidas Plaza, quien profundizó en algunas reformas laicas de su antecesor.

Sin embargo, para la mayoría de los ecuatorianos, el catolicismo era una profesión de fe y representaba la principal columna de la familia, la sociedad y la nación. Para ellos, las medidas de los radicales atentaban contra la moral cristiana, sobre todo en el caso de los miembros de un clero fanático que desde el púlpito condenaba a los “impíos”, “masones” y “anticristos” encarnados en el “indio Alfaro” y sus seguidores.

Y es que si bien el establecimiento de la educación laica arrebató a la Iglesia el control de la educación en el país y contribuyó, a la postre, a la paulatina transformación ideológica de la sociedad, la Revolución liberal no pudo eliminar el peso de la tradición religiosa en la vida diaria de la mayoría de los ecuatorianos, lo que canalizó un sentimiento represado en miles de personas que siguieron practicando sus rituales y observando sus creencias desde un catolicismo de índole mayoritariamente popular, a pesar del proceso de secularización de la cultura y laicización de la educación que los interpelaba.

Más allá de explicaciones episódicas que hablan de la presencia de turbas pagadas por los conservadores y los placistas, es evidente que muchos ecuatorianos no manifestaron su desagrado ante un posible ajusticiamiento de Eloy Alfaro y sus compañeros. Es dable que este haya sido uno de los principales motivos que tuvo la plebe cuando, el 28 de enero de 1912, arrastró los cuerpos hasta su incineración final en el Ejido, al grito de: “¡Viva la religión, mueran los masones!”. ¿No era acaso la voz contenida que expresaba el resentimiento de miles de hombres y mujeres frente a la tenaz arremetida del Estado laico?

Pero detrás de esa imprecación callejera resonaba el bramido macabro, no final, por supuesto, de una sociedad de antiguo régimen que se resistía a desaparecer; de un Ecuador aún envuelto en la mojigatería, la superstición y la barbarie que, por lo pronto, no se extinguiría en las brasas de la civilización y el progreso, divisas ideológicas que sostuvieron, entre las brumas del pasado, el proyecto histórico de un líder revolucionario que llegó a ser lo que le permitió su tiempo.

